

## UN VIAJERO EN EL TIEMPO.

El tiempo es la materia prima del historiador, el que da sentido a su trabajo, es como la madera del ebanista y la piedra del cantero, el que permite establecer, las relaciones de causa-efecto, el que da sentido a los acontecimientos, al devenir de tendencias, ideas y personas. La reflexión sobre el tiempo pasado tiene sentido en tanto en cuanto proporciona estrategias para diseñar un tiempo futuro. Es la escala temporal horizontal de los gráficos que muestran las tendencias de los diferentes fenómenos geográficos, la sucesión de las estaciones que dan sentido al clima, el que explica el paisaje... el que nos permite pensar, incluso, a veces que hemos aprendido algo.

Una pregunta que a veces se me ha formulado en clase y que me reconcilia con esta profesión, es una que me he planteado a mí mismo muchas veces, la que empieza con y

si...este barco hubiese naufragado, y si esta batalla la hubiesen ganado los perdedores, y si este rey no se hubiese encaprichado de cierta mujer... ¿qué hubiese pasado? La reflexión y las lecturas hacen pensar que nada hubiera cambiado. Hay reglas generales que rigen la historia así que te refugias en tu pragmatismo creado a golpes de materialismo histórico y adoptas una actitud indolente ante los enigmas de la historia que casi te llega a convencer. Pero la curiosidad por saber que hubiera pasado solo es comparable con el deseo, imposible de satisfacer, de saber como fueron los acontecimientos realmente, de haberlos vivido como testigo presencial, de haber sentido lo mismo que sus protagonistas.

En la mitad de los 80 salió un libro de contenido pseudos-esotérico, histórico divulgativo oportunista (algo muy de moda ahora desde el fenómeno de *El código da Vinci*<sup>1</sup>),

---

<sup>1</sup> BROWN, D. (2003). *El código da Vinci*. Umbriel. Madrid.

llamado *Caballo de Troya*, escrito por J. J. Benítez (1984)<sup>2</sup>, un escritor que ve platillos volantes en las nubes y extrañas presencias en las sombras, pero que a mí me fascinó a los 13 años, edad en la que me leí la primera parte, creo que hubo hasta cuatro.

En esta serie de novelas, el protagonista viajaba en el tiempo en una especie de arca hasta el año 30 de nuestra era para asistir a la pasión y muerte de Jesucristo. Equipado con un cayado que le permitía analizar cualquier fenómeno y protegido con una “piel de serpiente” o capa invisible que le preservaba de cualquier peligro asiste a milagros, sermones y llega incluso a convertirse en amigo personal de Jesús (a Jesucristo no se le escapa su condición de viajero del tiempo claro). Os preguntareis por qué recurro a este autor tan poco interesante desde el punto de vista literario, tan corto de imaginación (claro está la que montaba el viaje era la CIA

dentro de una habitual “teoría de la conspiración” tan corrientes ahora) y rechazado tanto por católicos fervientes como por agnósticos recalcitrantes unánimes en su total indiferencia ante la obra, que sin embargo ha sido y es un “best-seller”, aparte de portada de revistas como *Más allá* y otras publicaciones de escaso rigor científico e histórico.

Lo que me llamaba la atención de este peculiar viaje en el tiempo, a diferencia del mucho más original de H. G. Wells y su periplo en un futuro lejanísimo para descubrir una sociedad apocalíptica con un claro interés moralizador, es que el viaje de *Caballo de Troya* es hacia el pasado. Ese pasado que solo podemos atisbar a través de fuentes dudosas, con frecuencia ambiguas, nos obliga a ordenar un rompecabezas para dotar de cierta lógica a los acontecimientos. Por eso prefiero los viajes al pasado ya que el tiempo siempre fluye en la misma dirección y solo tenemos que sentarnos a esperar a que el futuro llegue hasta nosotros...

---

<sup>2</sup> BENÍTEZ, J. J. (1984). *Caballo de Troya*. Planeta. Madrid.

Muchas veces he soñado con embarcarme en mi particular caballo de Troya y, descubrir como fueron determinados acontecimientos: saber como olía Madrid en el siglo XVII, como temblaba la tierra en una carga de caballería, ver las carabelas de Magallanes doblar el Cabo de Hornos entre la niebla, adentrarme en el corazón de las tinieblas con Stanley, ser parte de la multitud enfervorizada que toma la Bastilla el 14 de julio de 1789, volver a Venecia con Marco Polo después de veinte años ausente en la Corte de Kublai Khan, sacar fotografías con Robert Capa y la bellísima Gerda Taro en el Cerro Murriano, llegar al Karakorum con Alejandro Magno, tratar de convencer a Juana la Loca que la vida es mejor sin el fatuo de su marido, maravillarme junto a los embajadores de Otón I de las inmensas riqueza de la Medina Azahara de Abderraman III, consolar a El Gran Capitán cuando descubrió que en España el auténtico talento solo despierta envidias, ver

las Cinco Villas llenas de castaños... pero de entre todos los viajes posibles solo hay uno que he hecho de verdad... ¿o no?

*“...Hacía un buen rato que la vegetación había empezado a ralearse. Los porteadores tlaxaltecas habían huido cuando la montaña rugió por primera vez. Francisco Montañó hizo acopio de toda la fuerza interior que había sido capaz de reunir para persuadirse asimismo de seguir adelante, darse la vuelta un instante y forzar una sonrisa, aunque forzada convincente, que motivara a sus cuatro compañeros a continuar la marcha. Estos siguieron andando con un gruñido, no era el momento de disimular el rencor que sentían contra el hombre que les había embarcado en esta aventura estúpida. Si él tuviera la labia del Capitán Cortés pronto les habría convencido, claro, hubiera bastado con un poco de “Dios lo quiere”, que si “por el rey Carlos” y una leve referencia al oro eran más que suficientes para que estos hombres se enfrentaran a la muerte espada en mano, al fin y al cabo, era lo que habían hecho toda la vida, pero*

*este no era el caso. Aquí no iban a obtener ni gloria ni oro. Era una empresa que nada tenía que ver con los relatos caballerescos que pasaban de mano en mano entre los que sabían leer, devorados por las noches junto al fuego. Soñaban con todas esas aventuras como la de ese famoso Amadís de Gaula, que enfrentaba mil peligros y que servían para embriagarlos en la ausencia de vino.*

*Todo empezó cuando él y otros se hallaban reunidos frente al fuego en una de esas tardes en las que el sol cae rápidamente, fenómeno de estas tierras que no se explicaban. A Montaña, hidalgo vasco de pocos recursos cuya única salida fueron las armas, no se le había ocurrido otra cosa que hablar de más:*

*-Estas historias del tal afeminado Amadís solo sirven para confundir a los buenos cristianos y meter fantasías en la cabeza. ¡asaltar castillos encantados!?, teníamos que verle aquí en esta selva asquerosa, oliendo lo que nosotros, comiendo lo que nosotros y rodeados de estos indios que se fingen nuestros amigos y solo esperan cortarnos el cuello...*

*-Te hubieras quedado en tus montes vizcaínos...*

*-¿Y pescar ballenas? No, aquí nos podemos hacer ricos, mira el oro que trajeron los enviados del rey de los aztecas, ese Moctezuma, lo que pasa es que el Capitán se lleva la mejor parte...*

*-¡Calla! ¡Que buscas tu ruina!*

*-Bastante ruina es estar aquí comido de mosquitos oyendo historias de este Amadís, ¡que os creéis todo!, se os suben a la cabeza y pensáis que los aztecas son dragones y gigantes que caerán a vuestro paso. Lo cierto es que aquí no hay tantas riquezas, que la herrumbre y el orín se come las espadas y que pronto no tendremos ni pólvora para mantener a estos adoradores del diablo a raya.*

*Sus compañeros asintieron. Eran hombres rudos, que hasta ahora habían resistido las enfermedades y los ataques aztecas, a quienes el deseo de escapar de una vida de pobreza y aburrimiento les había hecho embarcarse hacia un Nuevo Mundo cuyas riquezas no habían sido capaces de obtener, en el que el peligro acechaba en cada esquina, pero que lo aceptaban porque era lo que habían hecho*

*siempre, igual que sus abuelos contra los moros, a ver si un golpe de fortuna en la guerra les permitía salir de la miseria, y podían pavonearse sobre un caballo en las misas de su pueblo con finas telas traídas de Flandes...todo eso quedaba muy lejos ahora. Montañó se calentó:*

*-Además, si queréis pólvora no hay más que ir por azufre, basta con subirse al volcán, como hicimos en Tenerife.*

*-¡Vasco fanfarrón!*

*-En Tenerife hay una montaña humeante, que los guanches llaman Teida, mucho más alta que esta que se ve, tanto que es lo primero que se observa cuando llegas con la carabela a Canarias, y su cráter está lleno de azufre, con eso se hace la pólvora y tendríamos para armar a todos los ejércitos del Rey Carlos, derrotar a estos demonios, a franceses y moros. Yo subía en una jornada y...*

*Maldita la hora.*

*Ahora eran cuatro figuras las que abandonaban el refugio de los últimos pinos hacia una paisaje desolador de piedras negras*

*dispuestas caprichosamente por el viento y la fuerza de la gravedad, que jugaban con la lava solidificándola componiendo extrañas formas que a Montañó se le antojaban muy diferentes de las grises calizas del Gorbea. Probablemente le hubiesen resultado más familiares si alguna vez hubiera subido al Teide de verdad.*

*El inhóspito lugar al que encaminaban sus pasos era el volcán Popocatepetl, en nahualt “la colina que humea”, vecino del Iztaccihualt o “mujer blanca”, nombre sugerido por el brillante manto de nieve que se extiende sobre su ancha y accidentada superficie, y que para los indios era una diosa femenina, esposa de su vecino, más elevado, morada a donde iban los espíritus de los gobernantes malvados, cuyas ardientes agonías, en su prisión, causaban los terribles rugidos y convulsiones en tiempos de erupción. Entonces, se encontraba frecuentemente activo y rugía con furia poco común, un mal presagio para los nativos del Anáhuac. Sus nieves eran el primer lugar iluminado por el sol al salir, y el*

*último en ser abandonado por las tonalidades anaranjadas del atardecer.*

*El silencio de la penosa ascensión solo era roto por el del cuero sobre el basalto, los jadeos cada vez más evidentes de sus amigos Francisco de Mesa y Diego de Peñalosa, y un caballero extraño del que Montaña no recordaba su nombre ni estaba seguro de su procedencia. Cuatro hombres en el fin del mundo, dirigiéndose a la helada cúpula coronada por una columna de humo permanente, lejos de todo lo que habían conocido.*

*El responsable de que estuviesen allí era un delator que había hecho partícipe a Cortés de las palabras de Montaña, provocando que el Capitán general le llamase a su presencia.*

*-Bueno, en realidad...yo...subir, no, esto...si, fue un amigo que me dijo que conocía...*

*-Excusas, Montaña, no se trata solo de un poco de pólvora, hemos de demostrar a estos salvajes lo que vale un castellano, con ayuda de la Virgen, claro.*

*-Yo, excuse, no soy de la misma Castilla, casi ni de la misma Vizcaya.*

*Cortés se tomó un tiempo antes de contestar, miró de soslayo a la Malinche, la intérprete maya conocedora del idioma azteca rescatada por Cortés de una muerte segura en el altar de sacrificios. Malinche se lo había agradecido rebelándose como una consejera inestimable, y haciéndole olvidar, de paso, al capitán extremeño a la mujer que dejó en Cuba. Él, por su parte, incluso le daba el tratamiento de D<sup>a</sup> Marina, aunque para Montaña era “la furcia del capitán”, una más de las indias que convertían el campamento español en lo que el fraile Juan de Aguilar llamaba una “Nueva Babilonia” protagonista del alumbramiento en el Nuevo Mundo una raza mestiza destinada a poblar todo un continente*

*-Te lo diré claro, Francisco, dijo Cortés enarcando las cejas de su rostro enjuto y cetrino, me da igual si al Teide subió tú o tu padre, si es que le conoces, pero si alguien sin interés alguno ha subido allí, que mejor lo harás acá, donde tanto a ti como a los demás*

*importa...si no, desearías haber perecido en la noche que abandonamos Tenochtitlán*

*Y allí estaba, afrontando la irregular cuesta de piedras suelta, recordando aquella noche en que abandonaron precipitadamente la capital azteca perseguidos por las miles de indígenas. Entonces salvó la vida al arrojar al fondo del lago el poco de oro que había conseguido tras años de penurias y cicatrices y que había intentado salvar llevándolo sobre la cota malla, amenazando con hundirle con su peso. Al menos se salvó de terminar en un altar azteca con el corazón arrancado por un cuchillo de obsidiana, sacrificado a sus satánicas divinidades guerreras.*

*El peso de las dos guindalesas, los cuatro costales forrados de cuero y las mantas de pluma les hacían jadear, los arcabuces y morriones se habían convertido en objetos inútiles y empezaban a sentir la debilidad de no comer después que los indios huyeran con las mazorcas de maíz y tasajos de cerdo que llevaban como avituallamiento.*

*El día avanzaba, el sol hacía tiempo que se alejaba de su cenit y sus rayos empezaban a incidir oblicuamente en ellos, sin calentarles tanto como en horas anteriores. En ocasiones, lo resbaladizo de la pendiente les hacía dar pequeños traspiés y resbalaban por la arena haciendo inútil el esfuerzo de los últimos pasos. Los miembros hacía tiempo que parecían pesarles cada vez más de una forma que ni Montaña ni sus compañeros llegaban a entender, nunca habían sentido algo como eso, una especie de sopor permanente que se acrecentaba conforme ascendían, un fuerte dolor de cabeza que embotaba sus cabezas.*

*-Es como si el Dios azteca de la montaña nos enviara este dolor para impedir que subiéramos, este lugar está maldito, ¡si no suben ni ellos!*

*-Dicen que hay algo maléfico en este monte.*

*-Dejaros de tonterías, el cansancio aumenta con la altura, y también cuesta respirar más porque el aire es más fino, ya lo dijeron los que vinieron con Diego de Ordaz.*

*Diego de Ordaz, lugarteniente de Cortés había intentado la ascensión dos años antes, a diferencia de Montañón y los suyos, lo había hecho únicamente por afán de aventuras, y por, una vez más, emular a los personajes de los libros de la caballería y, como muchos otros españoles en el Nuevo Mundo, realizar hazañas que pasasen a la posteridad. El hidalgo de Castroverde de Campos -lugar muy lejano de cualquier montaña- se dio la vuelta junto a sus ocho compañeros cuando el volcán comenzó a emitir grandes piedras incandescentes. Al descender, eso sí, se ufanaba de su no culminada hazaña, y solicitó al Emperador Carlos que en su blasón nobiliario figurase en adelante una montaña humeante, petición que fue abalada por el propio Cortés en sus Informes periódicos al Rey en los que hablaba del logro de la cima por parte del zamorano.*

*Los millones de piedras negras resbaladizas dieron paso a una nieve negruzca en la que las plantas de los pies no lograban asirse con firmeza. Avanzaban por un terreno disforme donde a unos pasos de relativa seguridad en una nieva sólida en la que los pies se*

*hundían unos centímetros, le seguían zonas de nieve blanda y otras en las que el viento había barrido la capa superficial de nieve, y dejaba ver una capa de hielo con formas afiladas, en la que aparecían aquí y allá piedras como colmillos de una deidad indómita. La pendiente se iba incrementando gradualmente, y se iban abriendo profundas grietas llenas de carámbanos de hielo que erizaban su fondo.*

*-El infierno debe ser algo así. Exclamó Mesa tristemente al contemplar como las emanaciones de calor del volcán hacían desaparecer la nieve de algunas zonas impregnando el ambiente de humos sulfurosos de olor nauseabundo.*

*Estaban llegando a un farallón rocoso, bautizado por sus predecesores como "La torre del Fraile", cuando Diego de Peñalosa, que avanzaba utilizando la espada como sostén precario, resbaló en un espolón despojado de nieve por el viento. Diego intentó asirse a la nieve con la espada, pero solo consiguió perderla y no pudo evitar terminar con sus huesos en el fondo de una grieta cinco metros más*



*abajo. Sus compañeros se aproximaron al borde y contemplaron aliviados que Diego seguía con vida, milagrosamente a salvo de las agujas de hielo entre las que se había encajado al caer.*

*-¿Puedes salir por ti mismo? Preguntó Montaña, a quien el nerviosismo y la responsabilidad que sentía por la suerte de su compañero le hacían que el corazón se le saliese del pecho.*

*-Creo que no, -respondió Diego con un hilo de voz, pero sorprendido y aliviado de estar con vida-, creí que aquí terminaba mi vida...me duele la pierna, habréis de arrojarme una cuerda.*

*Así lo hicieron, Diego se ató la soga a la cintura y Montaña hizo lo mismo con el otro extremo a una piedra, lo que les sirvió como punto de apoyo para alzar al herido que se ayudaba de sus manos y de su pierna sana para facilitar la ascensión. El esfuerzo les hacía jadear, sentía latigazos de dolor en sus cabezas y sus manos estaban enrojecidas por el contacto con el hielo, pero finalmente el infortunado Diego estaba en el borde superior de la grieta.*

*-Tenemos que encontrar un lugar donde pasar la noche o moriremos de frío, exclamó Mesa mientras hacía un gesto de fastidio por la creciente ausencia de luz. Vamos a una zona sin nieve, ¡rápido!*

*Ayudando a Diego, que arrastraba la pierna penosamente, llegaron a una zona caliente en donde se tumbaron, pero el fuerte hedor del humo les hizo buscar otro lugar. Finalmente, decidieron pasar la noche en una oquedad junto a la Torre del Fraile. Entre Mesa y Montaña trajeron envuelta en una manta, una piedra incandescente que el volcán debía haber expelido no hace mucho. Los tres se arrebujaron alrededor, manteniéndose cerca para mantener en lo posible el calor de sus cuerpos. Les invadía un profundo cansancio y casi podían contar los latidos del corazón en sus cabezas. Mesa se retorció de dolor al sentir fluir la sangre de nuevo por los dedos de sus manos, ateridos por el frío y el esfuerzo.*

*La noche fue horrible. La mayor parte la pasaron despiertos entre evocaciones de sus casas que tan lejos quedaban, del calor del*

*hogar, de hogazas de pan caliente salido del horno, los embutidos que se curaban en los sobrados de sus viejas casas...*

*Ni Montaña ni sus compañeros se habían alegrado nunca tanto de ver aparecer el sol. Una bola anaranjada apareció por el Este incendiando el suelo a su alrededor, la nieve y el hielo se fueron llenando súbitamente de iridiscencias de reflejos imposibles, mientras sentían en sus miembros algo del calor que la noche les había negado.*

*-Vamos arriba, no lo dejamos para luego, esperando aquí solo vamos a tener más hambre y más frío. Montaña se dio cuenta que estaba pensando en voz alta.*

*Los tres hombres se levantaron, dejando a Diego en la grieta, agarrado a su pierna. Levantando la cabeza, Montaña atisbó que la cumbre estaba más cerca de lo que les pareció la víspera, un esfuerzo de una hora aproximadamente les podía dejar en el labio superior de la cumbre, pero hasta allí la nieve aparecía helada en algunos tramos y en una importante pendiente, a tramos con nieve profunda que la ausencia de sol no había llegado a transformar. Aquí y allá,*

*aparecían amenazantes las puntas de piedras volcánicas que parecían haber sido afiladas por un cíclope celoso de que esos insignificantes mortales desentrañaran los misterios de la cumbre.*

*Ya no era momento de detenerse, de piedra en piedra, apoyados precariamente en sus espadas, que en ocasiones les servían para tallar precarios peldaños en la nieve helada, llegaron al labio superior. La cumbre se abría antes sus ojos. Sintieron una felicidad cuya naturaleza no hubieran sido capaces de describir, un entusiasmo desconocido que trascendencia el cumplimiento de la misión que Cortés les había encomendado. La contemplación del paisaje, el alto páramo, la laguna donde se encontraba Tenochtitlán, el verde de los árboles que parecían contemplarles desde el fondo del valle. Se sorprendieron abrazándose, felices de su logro.*

*-Bueno, vamos a ello, no olvidemos que no hemos venido de paseo. Estas palabras, exclamadas por Mesa, tuvieron el efecto, de sacar a los otros dos de su ensimismamiento. Afirmando con fuerza las guindales en una grieta y sujetadas por los otros dos, Montaña*

*empezó a descender por la ladera del cráter, de cuyo fondo ascendía una columna de humo, exhalando un calor, que contrastaba con el viento frío que soplaba en la cumbre. Este humo parecía expeler malos humores, les hacía toser, provocándoles dolor en el pecho. La Altura de unos cuatrocientos pies no amilanó a Montaña. Llegó al fondo y llenó la primera canasta de ceniza del fondo, rica en azufre, repitiendo la misma operación cuatro veces.*

*Dos horas después de haber alcanzado la cumbre su misión se había cumplido. El sol estaba ya alto pero no proporcionaba calor suficiente. Se fueron recuperando poco a poco del dolor de cabeza que les asaltaba en cada esfuerzo, cada vez que se agachaban para recoger las cestas, en cada salto de grieta...era el momento de empezar a bajar, y lo hicieron no sin pena de abandonar ese lugar increíble, nunca lo olvidarían, y tampoco lo que sintieron en él.*

*Diego seguía en el mismo sitio en que le habían dejado. No parecía haber sufrido en exceso y todavía bromeó con los ascensionistas pese al dolor que le hacía torcer el gesto. El descenso*

*fue más fácil, Mesa ayudaba a Diego en su descenso y Montaña y el otro caballero arrastraban pesadas cestas a la espalda, llenas de azufre. El sol había reblandecido la nieve en las partes más duras convirtiendo el descenso, si no menos extenuante, sí al menos más seguro pues los pies se afirmaban con más firmeza, y reducía el miedo a un posible resbalón por la facilidad de frenarse en nieve más blanda.*

*Al final de la nieve les estaban esperando los indios tlaxaltecas que parecían haber recuperado el valor al verles bajar si no sanos, sí al menos vivos, extremo este que habían llegado a poner en duda seriamente.*

*-Mírales, vienen a ayudarnos a cargar el azufre que servirá para esclavizarlos. Dijo el caballero taciturno.*

*-¿Y qué otra cosa pueden hacer? Son una raza nacida para la obediencia, si no fuese por nosotros, serían esclavos de los aztecas. Dijo Montaña, mientras engullía una de las mazorcas de maíz que les dieran los indios.*

*-¿Y quiénes somos nosotros para cambiar eso? Los lobos comen ovejas, los halcones palomas, los buitres carroña, y nosotros... se calló con un gesto de abatimiento al ver el poco interés que despertaban sus comentarios en sus compañeros.*

*A la llegada al campamento Cortés les recibió con cordialidad desusada, les invitó a almorzar en su tienda, manifestando un excelente humor que mejoró con el vino que habían traído las últimas carabelas desde Cuba.*

*-Esto nos hará más autónomos y mejorará nuestros beneficios, además hemos demostrado lo que vale un valeroso castellano.*

*Pasó la mirada por los rostros de los cuatro hombres; ojos extraviados, pómulos hundidos, tez enrojecida, barba rala, cabellos sucios, parecían estar muy lejos de sus palabras, muy lejos de su tienda, parecían habitar en algún lugar de sus mentes ajeno a todo lo que había sido su vida, se habían visto a si mismos desde lo alto de la montaña y no estaban seguros de gustarles el paisaje, solo sabían que*

*querían volver a contemplarse así otra vez, en otro momento, quizá en otra montaña...*

*Cortés tomó otro trago de vino para ayudarse a tragar el trozo de tasajo rebelde que se negaba a separarse de sus dientes, y puso un gesto de fastidio antes de musitar para sí:*

*-Esta soldadesca...carne de patíbulo y hambre en Castilla, les convierto en héroes y no se dan ni cuenta.*

*Esa noche, el de Medellín, escribió al Emperador Carlos, que ya no eran necesarios más envíos de pólvora.*

Este suceso fue recogido por diferentes crónicas que relatan la conquista de las Indias, lo que nunca se ha desentrañado es la identidad del caballero taciturno...quizá fue un viajero en el tiempo. Ojalá hubiera sido yo.

